

LA COVID-19 Y SU IMPACTO EN LA SEGURIDAD INTERNACIONAL: LA EMERGENCIA DEFINITIVA DE LAS AMENAZAS A LA SEGURIDAD NO TRADICIONALES

Javier Gil Pérez

Universidad Pontificia Comillas
jgil@comillas.edu

El anuncio por parte de la República Popular de China, en diciembre de 2019, de la aparición de un brote epidémico en la ciudad de Wuhan ha supuesto un antes y un después, tanto en el diseño como en la gestión de la agenda de la seguridad internacional. Dicho brote epidémico, que posteriormente sería denominado como COVID-19, ha sido el evento catalizador para la consolidación de una tendencia —soterrada en épocas pasadas, pero que reclamaba su atención— como es el ascenso de amenazas a la seguridad no tradicionales, como factores cruciales en la gestión de la seguridad internacional.

Dicha detección y posterior notificación al mundo de que el virus SARS-CoV-2 se estaba expandiendo con rapidez por la ciudad de Wuhan y en zonas adyacentes, dio el pistoletazo de salida a una crisis sanitaria global. Crisis, que como afirmó la Organización Mundial de la Salud, vino a consolidarse como pandemia en marzo de 2020, al tratarse de una epidemia vírica que se manifestaba por diversas partes del globo simultáneamente.

Desde el fatídico mes de marzo de 2020, podemos defender, sin ánimo de ser acusados de exagerados, que la realidad internacional, no solo se ha visto modificada, sino que, y como muchos expertos han puesto de manifiesto, varias tendencias que ya se manifestaban con fuerza previamente a la pandemia han continuado con mayor vigor si cabe. Así podemos destacar la imparable digitalización, la preocupación por el medio ambiente y la salud o, ya en el ámbito político, el creciente autoritarismo en algunas regiones del globo. Y, sobre todo, ha situado a las amenazas a la seguridad no tradicionales, como protagonistas dentro de la gestión de la seguridad internacional.

Las amenazas a la seguridad no tradicionales —y de acuerdo con la definición de una de las mayores expertas a nivel global como Mely Anthony Caballero— son amenazas que afectan tanto a los Estados como a las personas y sociedades y su origen es no militar. Dentro de ellas, destacan, sobre todo, los desastres naturales, los problemas medioambientales, el crimen transnacional, la propagación de enfermedades infecciosas, crisis energéticas o alimentarias o flujos irregulares de inmigración, etc. (Caballero, 2016, p. 6)

Como se desprende de la definición, nos enfrentamos no a novedosas amenazas a la supervivencia del ser humano, sino que podríamos catalogarlas, como unas ya recurrentes y conocidas amenazas que, si bien, siempre han jugado un papel determinante en la evolución de las sociedades a lo largo de la historia, hasta fechas muy recientes no han sido tenidas en cuenta por parte de la comunidad internacional como peligros a combatir de una manera intensa y prioritaria.

1. COVID-19. Un virus sin fronteras

El virus que provoca la COVID-19, desde la ciudad china de Wuhan, dio el salto al resto del mundo, afectando de una manera considerable a Italia, para continuar su tránsito por el resto del viejo continente, Estados Unidos, Latinoamérica, Asia y el continente africano. Las cifras son apabullantes. Desde el inicio de la pandemia y de acuerdo con la Universidad Johns Hopkins, más de cinco millones de personas han fallecido y alrededor de doscientos cincuenta millones de ciudadanos se han visto infectados en todo el mundo. Junto al terrible efecto sobre la salud, el impacto económico ha

sido, asimismo, muy negativo, dándose casos especialmente duros, como el español, que ha sido una de las economías más dañadas de toda la OCDE.

Este embate en la salud mundial ha provocado un gran impacto en nuestra forma de vida y, dentro de la agenda de la seguridad internacional, ha marcado un punto de claro no retorno, poniendo sobre la mesa de la agenda internacional, esta vez sí, y de una vez por todas, a las denominadas como amenazas a la seguridad no tradicionales, como elementos clave a combatir para garantizar el bienestar de los ciudadanos del mundo.

2. ¿Nuevas amenazas?

La explosión de la fábrica de Union Carbide en 1984 en Bhopal India, que causó la emisión a la atmósfera de isocianato de metilo provocando la muerte de más de tres mil personas y sus devastadores efectos secundarios sobre centenares de miles de ciudadanos de la ciudad, fue solo el principio de una larga cascada de acontecimientos negativos que vinieron a poner en cuestión el viejo modelo de seguridad internacional, anclado en la protección del Estado como eje principal de cualquier política de seguridad y centrado en la fuerza militar como elemento de solución.

Si el caso de Bhopal fue el más llamativo, otros muchos se le sumaron, como la explosión del reactor nuclear soviético de Chernobil en 1986, que puso de relieve los riesgos que conllevaba la producción de energía nuclear o ya en fechas más recientes, los terribles y mortíferos desastres naturales que afectaron a Indonesia en el año 2004, simbolizado en el tsunami, provocando más de doscientos treinta mil muertos o el ciclón Nargis en Myanmar en el 2008, que ocasionó la muerte de más de ciento treinta mil personas.

Pero junto a todas ellas, no hay que olvidar, y centrados en el ámbito de la salud, el terrible impacto del SIDA, que, desde el inicio de su terrible desarrollo y expansión, alrededor de treinta millones de personas han fallecido.

Todos estos terribles eventos se constituyeron como importantes pero insuficientes palancas de cambio en la gestión de la seguridad internacional, que la crisis de la COVID-19 ha venido a acelerar definitivamente, rompiendo el relativo ostracismo en el que las amenazas a la seguridad no tradicionales se encontraban.

3. Entre lo tradicional y lo no tradicional

Las amenazas no tradicionales a la seguridad, con su naturaleza transnacional *per se*, han puesto de manifiesto la debilidad actual de la cooperación a nivel global, curiosamente, en un mundo extremadamente conectado y globalizado pero que a duras penas ha podido armar una estrategia global en la lucha contra la pandemia. Baste señalar los diferentes ritmos de vacunación a nivel global, e incluso dentro de los propios Estados, la divergencia de acciones implementadas para derrotar a la COVID-19.

Y es que, como ha mostrado la pandemia de la COVID-19, las debilidades en la gobernanza global y, al mismo tiempo, las dificultades en el diseño e implementación de políticas globales e integrales contra la COVID-19 han sido uno de los principales talones de Aquiles en la gestión de la pandemia. Por ello, las lecciones aprendidas son claras para el futuro y pasan por una mayor colaboración a nivel global, con respuestas a distinto nivel e implementando políticas integrales que pongan el foco desde la variable económica a la sanitaria, pasando por la social.

Así, la pandemia de la COVID-19 ha situado, de una manera definitiva ya, a las amenazas no tradicionales, como amenazas de primer orden, aspecto que se muestra con claridad en los problemas energéticos que sufre Europa, región deficitaria en materias primas energéticas o la propia desaceleración económica producida por la COVID-19, y que ha provocado importantes socavones en el desarrollo económico de buena parte de los países del mundo. Todo ello sin olvidar, ya en fechas más recientes, el uso por parte de Estados como Marruecos y Bielorrusia de migrantes para conseguir sus objetivos políticos y estratégicos.

Si bien, la COVID-19 ha supuesto la emergencia definitiva de las amenazas no tradicionales como elementos clave en la agenda de la seguridad internacional, no debemos olvidar por otro lado que las amenazas tradicionales a la seguridad han continuado su devenir. De hecho, desde que estalló la pandemia de la COVID-19 hasta diciembre del año 2021, la comunidad internacional ha podido ser testigo de la victoria talibán en Afganistán, el estallido de la guerra civil en Etiopía, la continuación de la guerra en Yemen, el aumento de las tensiones entre la República Popular China y Taiwán o la firma del acuerdo AUKUS entre Estados Unidos, Reino Unido y Australia, que entre otros aspectos, posibilitará el acceso de Australia a submarinos propulsados por energía nuclear, utilizando muy posiblemente, uranio altamente enriquecido, que podría ser utilizado para la producción de bombas nucleares, estableciendo un inquietante precedente para el futuro de la proliferación nuclear.

Ello indica que la pandemia de la COVID-19 ha introducido un equilibrio en el peso de ambas amenazas, tradicionales y no tradicionales. Si tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y por más de cuarenta años, las amenazas no tradicionales fueron minusvaloradas. Los desastres de la década de los ochenta dieron el pistoletazo de salida a una reconfiguración que la pandemia de la COVID-19 ha venido a completar, modelando un nuevo orden en la gestión de la seguridad internacional.

Cabe concluir por todo ello, que se ha producido, de una manera definitiva, una clara transición en la visión sobre los causantes de la inseguridad internacional, produciendo, que la antigua prevalencia de las amenazas clásicas a la seguridad, centradas en la protección del Estado, se haya equilibrado para introducir en el coctel, a las amenazas no tradicionales. Amenazas que han venido para quedarse y ser parte, esta vez sí, de la agenda de la seguridad internacional de una manera protagonista.

Referencias

Caballero, M. (2016). *An introduction to non-traditional security studies. A transnational approach*. London: Sage.